

La novela corta revolucionaria

1. Una noche imprecisamente localizada hacia finales de 1905, «una noche en que las zozobras que trae consigo la penuria» no dejaban conciliar el sueño al popular novelista Eduardo Zamacois, indiscutible maestro —con Felipe Trigo— de la promoción sicalíptica que tanta boga alcanzó durante las primeras décadas de nuestro siglo (su obra —también la de Trigo—, mucho más importante que la de sus compañeros e imitadores, se teñiría luego, a partir de *El otro* y *La opinión ajena*, de 1910 y 1913, de inquietud social y aspiraciones humanas), una noche de zozobra, decía, a Zamacois le asaltó la idea de fundar una revista literaria íntegra y exclusivamente dedicada a la publicación de novelas cortas inéditas de autores españoles contemporáneos. Según decidió aquella fructífera noche, *El Cuento Semanal*: veinticuatro páginas con varias ilustraciones más una caricatura del autor en la cubierta cuya realización encomendaría a los mejores dibujantes del momento, tendría periodicidad semanal (incluso determinó que saldría los viernes) y cada ejemplar costaría treinta módicos céntimos. «No hubo en mi concepción el menor titubeo», recordaría.¹

Autoconvencido de la genialidad de su proyecto, Zamacois puso rumbo a Barcelona en busca del editor Ramón Sopena. En aquella histórica Casa sufriría el primer desengaño: «La idea es bonita», asintió Sopena. «Si quieres», continuó, «añadiré que me encanta. Pero esa publicación, desde el punto de vista editorial, sería un fracaso.» Sin darse por vencido nuestro novelista regresó a Madrid. Y enseguida estableció contacto con Gregorio Pueyo.

Nueva entrevista, renovadas argumentaciones, y el viejo Pueyo, desconfiado y lacónico, que al final dijo: «Pásese mañana por aquí y le daré una contestación. La idea, en principio, no me parece mala». Pero, ya se sabe, los principios no suelen coincidir con los finales. Todo había cambiado al día siguiente: «Entendía Pueyo, al igual que Sopena», recordaría Zamacois, «que una revista exclusivamente literaria, no obstante su originalidad y rica presentación, jamás lograría reunir el número necesario de lectores para cubrir gastos».

Zamacois siguió insistiendo a pesar de tan rotundas negativas. Su tercer interlocutor fue José del Perojo, propietario y fundador de *Nuevo Mundo*, uno de los semanarios entonces de mayor aceptación. La escena volvió a repetirse:

«Desde el punto de vista comercial», corroboró Perojo, «la revista que usted sueña es inaceptable porque desdeña la *actualidad*, que es donde radica el éxito de las publicaciones semanales».

¹ Eduardo Zamacois, *Un hombre que se va... (Memorias)*. Segunda edición. Buenos Aires, Santiago Rueda, 1969; cap. XII, pp. 235-250. También proceden de aquí las restantes citas de Zamacois.

«A cambio de información —objetó el novelista—, daríamos buena literatura.»

El señor del Perojo se mantuvo en sus trece: «Y ¿qué adelantaremos con eso si al gran público, que es el que necesitamos conquistar, no le gusta leer?», sentenció.

Así las cosas, cuando parecían agotadas las posibilidades lógicas de realizar el proyecto (representaban mucho las tajantes negativas de tres acreditados editores), tan negro panorama cambió de manera imprevista merced a la generosa disposición de Antonio Galiardo, joven periodista, bastante rico y también bastante neurasténico, a quien Zamacois había recomendado algunos meses antes, cuando sufría una aguda depresión, para que fuese admitido en la redacción de *La Publicidad* de Barcelona.

Consciente de que se le presentaba una oportunidad irrepetible, Zamacois actuó sin pérdida de tiempo. La providencial aparición de Galiardo tuvo lugar a finales de 1906, pues bien, el número inaugural de *El Cuento Semanal*, *Desencanto* de Octavio Picón, salió a la calle el viernes 1 de enero de 1907. Vencidas las inevitables resistencias iniciales, el éxito de la colección resultó fulminante, rotundo, sin precedentes. Algunos números alcanzaron cuarenta y hasta sesenta mil ejemplares de tirada. Y así semana tras semana. *El Cuento Semanal* demostró, sin que su triunfal trayectoria dejase el más mínimo resquicio para la duda, que entre las clases populares existía un considerable potencial de lectores cuya incorporación al mundo del libro estaba siendo decisivamente dificultada por la mostrenca repetición de fórmulas editoriales socialmente muy restrictivas. El excesivo precio de los volúmenes normales y el cauce exclusivo de las librerías constituían sendos obstáculos cuya superación resultaba indispensable para conseguir acceder a esa potencial masa de lectores. Zamacois sabría eludirlos. De ahí el éxito de *El Cuento Semanal*.

Y, como era de prever, la fortuna de su colección despertó de inmediato insospechados afanes de emulación entre la gente del libro. Según Federico Carlos Sainz de Robles, en el período comprendido entre 1909 y 1936 surgieron casi un centenar de series inspiradas en el modelo de la de Zamacois, y entre todas ellas, ¡hay que asombrarse!, publicaron «más de diez mil novelas».² *El Cuento Semanal* dio origen, por consiguiente, al impresionante aluvión de novelas cortas de autores españoles, de bajo precio y distribuidas a través de los quioscos de prensa, que constituyó el fenómeno editorial y literario más relevante de aquellos años. Y dicho aluvión novelístico logró inculcar la costumbre de leer en unos ambientes que hasta entonces se habían mantenido a prudente distancia del mundo del libro. En resumen: *El Cuento Semanal*, con Zamacois y Antonio Galiardo al fondo, propició un cambio profundo y radical, de signo muy positivo, en el alicaído panorama editorial español que nuestra pobre sociedad literaria había heredado del siglo anterior.

2. El modelo ideado por Zamacois era, en principio, susceptible de ser aprovechado desde múltiples perspectivas ideológicas. Ahora bien, razones tanto políticas (entre otras, y no fue la de menor influencia, la incapacidad de las izquierdas) como económicas demasiado fáciles de comprender, determinaron que, en la práctica, dicha «revolución»

² Federico Carlos Sainz de Robles, *La promoción de «El Cuento Semanal», 1907-1925*. Madrid, Espasa Calpe, 1975 (*Austral*, 1.592).

editorial quedase casi exclusivamente limitada a lo que se podía denominar el círculo de la novela burguesa.

3. Aunque todavía estén poco documentados los orígenes de la narrativa revolucionaria de quiosco en nuestro país, no parece aventurado señalar que fueron los hombres de Prensa Roja, anarcosindicalistas y republicanos radicales, los primeros, o cuando menos de los primeros, en plantearse la conveniencia de hacer suya, para «instrumentalizarla» con fines revolucionarios, la idea de Zamacois.

Además de una revista biográfica, *Siluetas*,³ y diversas obras,⁴ Prensa Roja lanzó a comienzos de los años veinte una colección de relatos cortos, *La Novela Roja*, de cuya vida daría buena cuenta el golpista general Primo de Rivera, quien de inmediato implantó una rígida censura previa de prensa que hizo absolutamente inviable su continuación. *La Novela Roja* publicó más de cuarenta obras, tanto de autores nacionales como extranjeros, pero en cualquier caso de mayoritaria adscripción anarcosindicalista. Cada volumen, de veinte páginas, costaba treinta céntimos, aunque algunos, que sólo llegaban a dieciséis, se quedasen en veinte. Son, pues, muy evidentes tanto sus similitudes —comerciales— como sus diferencias —ideológicas— respecto a *El Cuento Semanal*. Se trataba, insisto, de utilizar con fines revolucionarios la brillante iniciativa, literaria, de Zamacois.

4. Condenando al silencio a Prensa Roja, la Dictadura impidió que esta experiencia siguiese adelante. Y, en consecuencia, durante varios años el género de la novela corta, en su modalidad de las colecciones semanales de quiosco, volvería a ser coto casi exclusivo, con las lógicas pero aisladas excepciones de rigor, de los autores y las empresas considerados afines, inofensivos o, en el peor de los casos, poco molestos, cuando no asimilables, por el Poder. Y es de notar, por paradójico que a primera vista resulte, que entre las colecciones autorizadas, o toleradas, figuró *La Novela Ideal* de *La Revista Blanca*, la histórica publicación anarquista de la familia Montseny.

La Novela Ideal comenzó a salir en 1925, y a lo largo de su existencia, que se prolongaría hasta bien entrado 1938, lanzó más de quinientos relatos. En general, sobre todo

³ *Siluetas*, «Revista política, literaria y de actualidad». Madrid, 15 de mayo-diciembre de 1923, 16 números con periodicidad, sucesivamente quincenal (1 y 2), decenal (3-12) y semanal (15 y 16. No he localizado ejemplares de los números 13 y 14). Director, Fernando Pintado. Dedicada a trazar la semblanza de personajes de la vida política (Indalecio Prieto de Torralva Beci) y cultural (Utarruno de Sánchez Rojas o Joaquín Costa de Samblancat) o de los medios anarcosindicalistas (Francisco Layret de Samblancat, Salvador Seguí de Salvador Quemades y Angel Pestaña de Víctor Gabrondo), a partir del asentamiento del régimen golpista del general Primo de Rivera su línea de publicaciones acusaría un sensible cambio de orientación que, a juzgar por diversos indicios, vendría impuesto por la desagradable realidad de la rígida censura militar de publicaciones periódicas que de inmediato quedó implantada. Sus dos últimos títulos, Gustavo Adolfo Bécquer de Rodolfo Rocker y José María Gabriel y Galán de José Sánchez Rojas, reflejan con claridad tan tremendas limitaciones.

⁴ Breves apuntes sobre religión de Antonio Torres (col. «Biblioteca de Cultura Obrera»), Testas y tiestos coronados de Angel Samblancat, El abogado del obrero de Sánchez Rosa, La sublevación del Numancia de Jesús Ara (col. «Episodios Revolucionarios»), Amor libre y libertad sexual de E. Armand (col. «El Folletón Sensacional») y ¿Qué es la anarquía? de Pedro Kropotkin, entre otros muchos libros. También mantuvo una «Biblioteca Prensa Roja» integrada por más de sesenta obras, tanto de su fondo como del de otras editoriales, con títulos de Federico Urales (Juan Montseny), Angel Samblancat, Pestaña, Kropotkin, Pi y Margall, Nakens, Marx, Sorel, Eduardo Barriobero y Herrán, Aláiz, Seisdedos, Gorki y un larguísimo etcétera. Tras el golpe de estado de Primo de Rivera esta «Biblioteca Prensa Roja» requeriría ser rebautizada con el aséptico nombre de «Biblioteca Siluetas», al tiempo que numerosos libros se «caían» de su lista.

durante la Dictadura, acogió obras muy simples, sentimentaloides, en ocasiones incluso sensibleras, que transmiten una visión negativa del panorama social y realzan la importancia del esfuerzo individual en detrimento de las acciones colectivas, características que tal vez expliquen la en apariencia absurda y contradictoria tolerancia gubernamental. Mas tampoco debe olvidarse que Primo de Rivera, haciendo gala de un sorprendente sentido del oportunismo político, permitió que un radicalizado grupo de jóvenes universitarios publicase un animoso boletín con pretensiones de órgano revolucionario, *Post-Guerra*,⁵ considerando que su contenido carecía de peligrosidad, pues las autolimitaciones que los propios redactores se imponían más la definitiva incorporación de los censores liquidaba la hipotética contundencia de sus páginas, transformadas así en una magnífica válvula de escape, retórica e inofensiva, para las inquietudes de sus promotores, quienes de no contar con la misma probablemente hubiesen recurrido a otra menos amable, y en un nada desdeñable argumento para la propaganda oficial, empeñada entonces, cercano ya el final de la Dictadura, en propalar la extraña especie de que adornaba al Gobierno un talante dialogante y comprensivo. Constatar aquella realidad fue, por cierto, lo que movió a sus redactores a terminar con *Post-Guerra*.⁶ Quizá considerase el Poder que los relatos de *La Novela Ideal*, dominados por una trama pseudo folletinesca que diluía casi toda su significación ideológica, cumplían una función similar.

5. La situación sólo volvería a normalizarse tras la caída de Primo de Rivera. Pocos meses después, en junio de 1930, o sea, en plena etapa Berenguer, la poderosa empresa *Prensa Gráfica* (Madrid), editora de revistas tan populares como *Nuevo Mundo*, *Mundo Gráfico*, *La Esfera* o *Crónica*, emprendió la publicación de una serie, denominada *La Novela Política*, dedicada, según reza su explícita declaración programática, a difundir, novelándolos para dar amenidad a su lectura, «los episodios salientes de la vida española, las luchas de ideas, los movimientos revolucionarios, las grandes figuras políticas, las inquietudes populares, cuantos sucesos y cuantas figuras tuvieron un eco en la vida nacional». En total, aparecieron once obras (de treinta y dos páginas, con ilustraciones de los dibujantes Roberto y Baldrich, y los consabidos treinta céntimos de precio), y todas, excepto dos: *La noche de San Juan* de Angel Lázaro y *La sublevación del Carmen* (*Unas horas de gobierno soviético en Zaragoza*) de Mariano Sánchez Roca, tratan temas o sucesos del siglo XIX. En cierta manera *La Novela Política* representa una etapa intermedia entre los ya tópicos y triviales relatos de las colecciones derivadas de *El Cuento Semanal* y las novelitas de intencionalidad revolucionaria, continuadoras a su vez de *La Novela Roja*, que muy pronto recuperarían su lugar en la calle.

6. El paso decisivo lo daría Ceferino R. Avecilla en junio de 1931 al lanzar, con manifiesto sentido de continuidad, una serie también titulada *La Novela Roja*, asimismo de periodicidad semanal, veinte céntimos de precio y dieciséis páginas de contenido

⁵ *Post-Guerra*, Madrid, junio de 1927-septiembre de 1928, 13 números. Dirigida por José Antonio Balbontín y Rafael Giménez Siles, entre los redactores hay que subrayar la presencia de José Díaz Fernández, Joaquín Arderius, Justino de Azcárate y José Venegas.

⁶ Mantener *Post-Guerra* en tales circunstancias «equivalía a editar un periódico anticlerical con censura eclesiástica», reconocería José Venegas en su artículo «La revolución española y los intelectuales» (Nosotros, Buenos Aires, número correspondiente a marzo-abril de 1932). Véase también, del mismo autor, *Andanzas y recuerdos de España*, Montevideo, Ferial del Libro, 1943; pp. 138-9.

con ilustraciones por lo general a cargo de Cheché. Junto al recién citado Avecilla, su director, en torno a la serie se agruparon Joaquín Arderius, Basilio Alvarez, Ricardo Baroja, Victorio Macho, José Antonio Balbontín, Antonio Espina, José Díaz Fernández, Alicia Garcitoral, Adelardo Fernández Arias, Margarita Nelken, César Falcón, Juan Guixé, R.L. de Pinillos, Enrique López Alarcón y Artemio Preciosa, cualificado conjunto de autores, ideológicamente en su mayoría adscritos al abigarrado campo del republicanismo radical, en el que resulta obligado destacar la presencia de tres jóvenes escritores situados en la órbita del Partido Comunista (Balbontín, Arderius y Pinillos), circunstancia que diferencia con rotundidad a *La Novela Roja* de Avecilla del resto de las series de novelas breves y tendencia revolucionaria de quiosco, hasta entonces casi en exclusiva animadas por republicanos radicales, idealistas intelectuales o curiosos hombres de acción, ocasionalmente convertidos en pendolistas, procedentes de la tan aguerida como inagotable cantera del anarcosindicalismo.

La Novela Roja apenas duró un par de meses, su catálogo se limita a siete títulos: *Historia verídica de la revolución española* (9 de junio de 1931), *Estampas de la revolución* de Victorio Macho (16 de junio), *El Quinto Evangelio* de Ceferino R. Avecilla (23 de junio), *La fábrica* de Alicia Garcitoral (30 de junio), *El orden* de Margarita Nelken (8 de julio), *Lumpemproletariado* de Joaquín Arderius (15 de julio) y *Un franco diez* de R. Pinillos (22 de julio). En el aspecto literario, aceptable en comparación al nivel medio de las colecciones derivadas de *El Cuento Semanal*, ocupan el extremo negativo la forzadísima, sensacionalista y casi disparatada narración de Avecilla⁷ y las en exceso escuetas *Estampas* del escultor Victorio Macho, simples pinceladas en demasiadas ocasiones; se leen, sin embargo, con gusto la divertida crónica de Baroja, afortunada caricatura de acreditados tópicos propagandísticos de la derecha, el irónico testimonio de M. Nelken y *La fábrica* de Alicia Garcitoral,⁸ magnífico exponente —en cuanto novela corta— de la tendencia rehumanizadora, del «nuevo romanticismo» que según la certera frase de Díaz Fernández pretendía hacer «un arte para la vida, no una vida para el arte». En *Un franco diez* Pinillos se deja arrastrar por un inmoderado afán didáctico que le lleva a exagerar todas las situaciones; *Lumpemproletariado* es un simple fragmento mal escogido (carece de entidad como relato) de *Crimen*,⁹ una de las mejores novelas largas de su autor.

⁷ El relato gira en torno a un misterioso personaje (misterioso sólo en la intención del autor), que dirige primero una ocupación de tierras y promueve después la quema de varias iglesias, a quien solían acompañar dos ladrones («o dos comunistas, que es igual», precisaría en la página trece un policía) respectivamente provistos de una hoz y un martillo, costumbre (la de no poder salir de casa sin la amable compañía de tales herramientas) al parecer adquirida en el desempeño de sus honradas profesiones anteriores de campesino y metalúrgico. Delatados por un traidor, que respondía —como era de rigor— al nombre de Judas, la Guardia Civil, «los modernos centuriones», puso punto final a sus correrías mediante el expeditivo recurso de una descarga alevosa. Y, para mayor coincidencia, en el reparto de balas al misterioso personaje le correspondieron cinco: «dos que le atravesaban las manos...; dos que asimismo le atravesaban los pies... y otra en el costado...» (pág. 15). Avecilla ha sido, por consiguiente, uno de los contados autores que, literariamente, se han atrevido a matar a Jesucristo.

⁸ Garcitoral corrigió después la novela; el texto definitivo es el de la segunda edición: *La fábrica*. Virginia. Agonía. Don Miguel de la Mancha. Novelas cortas. Madrid, Castro, 1934.

⁹ *Crimen*. Madrid, Castro, 1934; pp. 10-8. Merece la pena señalar que durante el verano de 1933 Arderius publicó en el diario *La Libertad de Madrid* una serie de artículos, agrupados bajo el título de «El dolor de la vida», centrados en la misma temática que *Lumpemproletariado* y *Crimen*: el mundo degradado, contradictorio, y en cuanto tal sometido a tensiones angustiosas, de los parados procedentes de la clase media.

Desde una perspectiva política, *La Novela Roja*, correspondiente a los comienzos de la República, refleja con absoluta nitidez el acusado sentimiento de decepción que pronto se extendió entre amplios sectores de las vanguardias sindicales y políticas, afectando en consecuencia a los intelectuales vinculados a las mismas, a causa de las moderadas disposiciones que presidieron la actuación del Gobierno Provisional. Con la excepción de Victorio Macho, que atribuía los errores —no los negaba— a los lógicos tropiezos de cualquier inicio, y de alguna manera también, en cuanto a estos textos concretos se refiere, con la de Margarita Nelken, las características de cuya obra se alejaban del tema (aunque eso no le impidió dedicar varias alusiones poco cariñosas al ministro de Gobernación ni al partido Derecha Republicana), salvo estas dos excepciones, o mejor dicho, salvo estas dos excepciones a medias, los autores de *La Novela Roja* sustentaron unas opciones que rebasaban con creces, sobre todo en materia social y religiosa, los timoratos límites que el Gobierno, aunque no sin disputas ni contradicciones acabó haciendo suyos.

La República ni siquiera llegaba a los dos meses de vida cuando salió el primer número de *La Novela Roja*. Pero lo cierto es que en aquel breve margen de días ya habían pasado, o dejado de pasar, suficientes cosas. La solución aplicada al siempre crucial problema del orden público, resuelto de nuevo mediante el expeditivo recurso de la Guardia Civil,¹⁰ y los nada gloriosos sucesos de mayo¹¹ constituyeron los hechos claves. La serie que ahora nos ocupa pereció, estrangulamientos económicos al margen, al imponerse la dura realidad de que la historia y las utópicas ansias de sus promotores marchaban por caminos opuestos. El fragor de la batalla política, una urgente sucesión de proyectos con revuelto aluvión de adversidades, dejaría a la empresa sin aliento. Mas la huella de los hombres de *La Novela Roja* —tenue en el tiempo, intensa en el testimo-

¹⁰ «Mis compañeros, incluido el Presidente», escribió el ministro de Gobernación, «me pedían que disolviese el Cuerpo, o, al menos, que lo modificase en tal forma que diésemos la sensación de que lo habíamos disuelto. Tras largas horas de estudio y reflexión me negué categóricamente, no sólo a disolverlo, sino a alterar una sola coma de las famosas Ordenanzas... Me negué, incluso, a la sustitución del tradicional tricornio charolado por otra prenda diferente, como ya, en última instancia me pedían mis compañeros. La realidad vino pronto a darme la razón, porque en los meses que siguieron, de haber sido disuelta la Guardia Civil o su autoridad o disciplina interna mermadas, nadie habría podido responder del orden o de la paz pública» (Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*. Barcelona, Ariel, 1966; p. 206). Consúltese la nota siguiente.

¹¹ Los incidentes comenzaron el día diez al verse sorprendida la muchedumbre que salía del Retiro —acababa de terminar el concierto de la Banda Municipal— por los inconfundibles sonos de la entonces odiada *Marcha Real*, provocadoramente lanzados al aire desde el recién inaugurado Círculo Monárquico de la calle de Alcalá. La situación derivó en un conato de asalto al ABC, periódico dirigido por Juan Ignacio Luca de Tena, considerado enseguida inductor de tan ostentoso desafío. Pero Maura, al corriente de los hechos, dispuso que la Guardia Civil acordonase el edificio. Y sucedió lo de siempre: «La fuerza dio los toques de atención reglamentarios», en ese preciso momento sonó —según Maura— un disparo, de origen por supuesto desconocido, y cayó, herido sin importancia, un niño que estaba subido en un árbol. Los manifestantes («las turbas», escribió el ministro) atacaron entonces a la Guardia Civil, que se vio forzada «en legítima defensa a disparar causando dos muertos y varios heridos entre los asaltantes» (obra cit., p. 245). Al día siguiente en Madrid, y el doce en diversas capitales de provincia, «las turbas» amotinadas prendieron fuego a numerosas iglesias, dando rienda suelta así a un enconado sentimiento anticlerical que llevaba largos años soterrado. Después de superar encrespadas discusiones en el Consejo de ministros, al final Maura logró imponer su criterio, el de sacar los guardias a la calle y el de hacerlo con todas sus consecuencias, dejando además claro que en lo sucesivo actuaría de idéntico modo. Sus propósitos alcanzaron enseguida trágica contundencia: ocho muertos y varios heridos pocos días después entre los cerca de mil manifestantes que, procedentes de Pasajes, avanzaban sobre San Sebastián, y las desoladoras jornadas de junio en Sevilla, con veinte muertos, algunos de ellos como consecuencia de la renovada aplicación de la ley de fugas, un interminable reguero de heridos y el pintoresco episodio del bombardeo de la «Casa Cornelio».

nio— no se ciñó al campo de la novela corta: desdeñando la obvia modestia de sus recursos económicos, también mantuvieron una editorial, Vulcano,¹² e incluso probaron fortuna, sin llegar a obtenerla, con un periódico anticlerical, *El Gorro Frigio*,¹³ preocupante demostración, en los tres o a lo sumo cuatro escasos números que amparó su fracaso, de la desazonante pobreza ideológica, pesada herencia decimonónica, que todavía inspiraba algunas de las más virulentas, aunque superficiales, manifestaciones de esta índole.

El hueco dejado por *La Novela Roja* sería cubierto, al cabo de pocos meses, por las Ediciones Libertad, con una audaz *Biblioteca de los Sin Dios* y una interesantísima colección de novelas cortas revolucionarias, *La Novela Proletaria*, serie que no debe confundirse con la del mismo título que, entre 1929 y 1932, mantuvo Cénit¹⁴, aparte de otras publicaciones de menor entidad.^{14 bis}

La *Biblioteca de los Sin Dios*, veinticuatro tomos a razón de treinta y dos páginas, fue íntegramente escrita por Augusto Vivero, sin duda el hombre clave de Ediciones Libertad, autor asimismo de cuatro de los veintisiete relatos de la *Novela Proletaria*, serie cuya dirección asumiría, a partir del número 7, en sustitución de Alfonso Martínez Carrasco. Con la *Biblioteca de los Sin Dios* Vivero pretendía demostrar que «los Evangelios son novelitas inventadas acomodando dichos y hechos del Antiguo Testamento a fábulas del folklore religioso común».¹⁵ Irónico, irreverente y agresivo, basándose en lecturas abundantes y minuciosas, el autor puso especial énfasis en descubrir las trascendentes contradicciones que apreciaba entre la doctrina oficial de la Iglesia y las distintas versiones de los evangelios. Por ejemplo:

¹² Vulcano publicó obras de Artemio Precioso, Juan Ferragut, J. Kessel, D. Dusnois, Luis León, Francisco Graco y Constantin Weyer.

¹³ De periodicidad semanal, comenzó a salir el primer viernes de julio, desapareciendo a finales del mismo mes. Según los editores, *El Gorro Frigio*, humorísticamente —decían— «inspirado por el Cardenal Segura y sus cabritillos» y acogido a todas las licencias de rigor («las necesarias y las otras»), aparecería lleno de «verdades como puños», lo que le convertiría en provechosa «alfalfa espiritual para los borregos de Cristo», increíble título de un antiguo libro religioso que ellos supieron aprovechar para su propaganda. Pero lo malo fue que el ingenio pareció agotárseles antes de tiempo, pues la cruda realidad de las ocho páginas de *El Gorro Frigio* constituye una aburrida sucesión de breves sueltos, en su mayoría anónimos, repletos de tópicos.

¹⁴ La *Novela Proletaria* de Cénit acogió libros destinados al comercio normal de librería, esto es, de cinco a seis pesetas de precio y más de doscientas —algunos incluso llegan a las cuatrocientas— páginas. En total aparecieron veintidós obras, destacando, entre otras, *Tugsteno* de César Vallejo, O.P. (Orden Público) de Sender, *La calle sin nombre* de Marcel Aymé, traducida nada menos que por Vallejo, *Sobre el Don apacible de Cholojov*, *Un patriota cien por cien* de Upton Sinclair, y *El torrente de hierro* de Alejandro Serafimovitch.

^{14 bis} Nuestra odisea en Villa Cisneros del sindicalista Tomás Cano, relato testimonial prologado por Ramón Franco, *Tiranía vigilante* de Fermín Galán, volumen inicial y al parecer único de la por consiguiente frustrada serie «Hechos e Ideas», etc. Entre los muchos proyectos que Ediciones Libertad no lograría llevar adelante figuran sendos volúmenes de Galán (una recopilación de cartas) y Francisco Ferrer más una colección, «Los que traicionaron al pueblo», con títulos previstos tan elocuentes como los siguientes: «Maura, el matador», «¡Arza, qué viene Galarza!» (Angel Galarza, hombre de talante enérgico, asumió el cargo de Director General de Seguridad, en sustitución del pusilánime Carlos Blanco, a raíz de los sucesos de mayo; antes había desempeñado la Fiscalía de la República), «El pobrecito Cordero» (Cordero, dirigente del PSOE y diputado por Madrid en las Constituyentes), «El caballero de la traición» (podía tratarse de cualquiera de los integrantes de la conjunción republicano-socialista) y «San Alejandro, virgen y mártir» (Lerroux, líder de los republicanos radicales y ministro de Estado en el Gabinete Provisional).

¹⁵ El cuento de las vírgenes que paren, p. 9 (*Biblioteca*, 20).

¿Falsedad de la Inmaculada Concepción?, escribe en el número 20.¹⁶ De los cuatro Evangelios dos únicamente —el «Según San Mateo» y el «Según San Lucas»— traen el cuentecillo de la virgen madre. Los otros dos, sobre desconocer el imposible parto milagroso, hablan de los demás hijos cosechados por María.¹¹ Pero, ¿es que San Mateo no declara tuvo José trato carnal con María luego que ella parió a su PRIMER HIJO?¹² ¿Es que no corrobora más adelante haber parido María varias veces?¹³ Pues lo propio hallarás en San Lucas.¹⁴ Por ende, ninguno de los cuatro Evangelios Canónicos conoce una Virgen permanente y a prueba de partos.

— Siempre tendremos que el primer hijo fue obra del Espíritu Santo.

— Mira, vuestros *revelados* Evangelios son obra de muchos añadidores. San Jerónimo —aquel docto falsificador, secretario del Papa Dámaso— escribía: «Hay tantas versiones (de Biblias latinas) como ejemplares.¹⁵ Ello se descubrirá como en los mismos Evangelios de Mateo y Lucas, donde hallas la conseja del Espíritu Santo fecundador, tienes sendas genealogías contradictorias de Jesús¹⁶ como engendrado por José.

¹¹ Marcos: ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacob, José, Judas y Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanos» (VI, versículo 3). Juan menciona igualmente a los hermanos de Jesús (VII, versículos 1 a 10).

¹² Mateo, capítulo I, versículo 25.

¹³ Mateo, capítulo XII, versículos 47-50.

¹⁴ Lucas, capítulo VIII, versículos 20-1.

¹⁵ Carta al Papa Dámaso en 384.

¹⁶ Mateo, capítulo I, y Lucas, capítulo III.

Vivero empleaba una técnica narrativa simple y sencilla, a tono con sus propósitos, recurriendo a continuos diálogos para intentar dotar de cierta amenidad a unas exposiciones obligatoriamente algo prolijas. Conversaciones lineales, sin complicaciones de ningún género, que suelen desarrollarse entre dos interlocutores, uno de los cuales, carente de la mínima entidad narrativa, se limita a exponer, con aire bobalicón, una doctrina aprendida de carrerilla, corriendo a cargo de su compañero, obvio trasunto ideológico del autor, la tarea de ridiculizar sus afirmaciones y descubrir a los crédulos lectores, si es que caía alguno: lo estruendoso de la colección hacía bastante remota dicha posibilidad, la increíble sucesión de patrañas sin cuento que, a su juicio, configurarían la verdadera esencia de la religión católica. Demasiado caricaturesco e innecesariamente exagerado en ocasiones, monótono en su continuada pretensión de escándalo, de la *Biblioteca* se desprende, sobresaliendo por encima de sus innegables defectos, inevitables consecuencias de una concepción «propagandística» de la literatura, una fresca sensación de antidogmatismo y audacia, de inverosímil normalidad, de desparpajo, desenvoltura y libertad de pensamiento que hacen, cuando menos, mucho más que llevadera su lectura.

La Novela Proletaria (veintiséis números que en realidad se quedan en veintidos¹⁷ de treinta y dos páginas y veinte céntimos de precio, publicados entre abril de 1932

¹⁶ Idem, pp. 10-11.

¹⁷ La lucha del soldado rojo de E. Madarasz, El traidor de G. Nazarli, La muerte del revolucionario Tadjik de Sedreddine Aymi y El crimen de los kulaks de G. Kosinka, o sea, los cuatro últimos títulos, forman el inicio, que a su vez resultó todo lo publicado, de una serie dedicada a escritores extranjeros, el Tesoro de la Literatura Revolucionaria, incluida en el catálogo de *La Novela Proletaria sin duda por razones de índole comercial*. Tras estas cuatro obras estaban anunciadas dos novelas de Alejandra Kolontay (Amor comunista y La camarada y la prostituta), Lucha a muerte de Marko Martchevski, Matanza de judíos de Isaac Babel, El ermitaño de Máximo Gorki y Estampas de la revolución de G. Kosinka. Es flagrante el sesgo comunista y prosoviético de la serie.

y los primeros meses del año siguiente) constituye un afortunado episodio, y un episodio además de afortunado casi definitivo, en la breve historia de estas colecciones. Abierta a todo el variado panorama de los revolucionarios que se sentían decepcionados por la moderada orientación de la República, escritores y hombres de acción más o menos esporádicamente refugiados en la literatura, su lista de autores comprende desde personajes como Eduardo Barriobero, Rodrigo Soriano o el ya considerado Augusto Vivero, cualificados representantes del complejo sector de los republicanos radicales, hasta dos intelectuales en curso de integración en el partido comunista, Juan Antonio Balbontín y César Falcón, con anterioridad vinculados ambos a *La Novela Roja* de AVECILLA, sin que falte, por supuesto, una nutrida representación del anarcosindicalismo en sus más variadas corrientes: ahí están, para demostrarlo, los nombres de Angel Pestaña, Mauro Bajatierra, Emilio Mistral, Eduardo Guzmán y Angel Samblancat, entre otros. En calidad de poderosas individualidades hay que subrayar la presencia de la enigmática Hildegart, Salvador Sediles, compañero de Galán y García Hernández en la desdichada intentona de JACA, y Ramón Franco.

Además de participar juntos en *La Novela Proletaria*, la mayoría de sus autores coincidieron en varias empresas políticas. Siete de ellos, por ejemplo, formaron parte de la Comisión Ejecutiva de la Alianza de Izquierdas, integrada en total por ocho personas,¹⁸ coalición formada en enero de 1932, es decir, al mismo tiempo que se gestaba la colección que ahora nos ocupa, por un grupo de diputados pertenecientes a partidos que carecían de representación gubernamental con objeto de «poner un dique a la actuación de las derechas y amparar las aspiraciones del pueblo» e implantar al final una República que hiciese decidido frente «al problema agrario y a todos los problemas económicos».¹⁹ Aquellos siete diputados-escritores, autores de once de los veintidós relatos de *La Novela Proletaria*, fueron los siguientes: José Antonio Balbontín (*Una pedrada a la virgen*), Ramón Franco (*Abel mató a Caín*), Salvador Sediles (*Las calaveras de plomo* y *¡Resignación, hermanos!*), Augusto Vivero (*Sindicalista en acción*, *A tiro limpio*, *El enchufista* y *La guerra que viene*, más toda la *Biblioteca de los Sin Dios*), Eduardo Barriobero y Herrán (*Las ánimas benditas*), Antonio Jiménez (*Infamias*) y Angel Samblancat (*Mi dama y mi star*); relación a la que debe sumarse el nombre de César Falcón (otras dos obras: *¿Dónde está Dios?* y *El agente confidencial*), fundador y dirigente del I.R.Y.A. (Izquierda Revolucionaria y Anti-Imperialista) que se presentó a las elecciones a Cortes Constituyentes, con Balbontín y Ramón Franco, por la candidatura denominada Bloque Republicano Revolucionario. *La Novela Proletaria* no responde, por consiguiente, al clásico esquema de las colecciones literarias: entre autores y editores mediaban vínculos y convicciones que la convertían en una empresa ideológica común, estilísticamente sometida a deseadas exigencias de propaganda y proselitismo. El punto exacto de convergencia, el nexo de unión entre autores procedentes —ya lo hemos visto— de tan distintos sectores, vino dado por su frontal oposición a la labor del Gobierno. Desde *La Novela Proletaria* se pensaba que la conjunción republicano-socialista en el Poder estaba terminando con el proceso revolucionario desencadenado el 14 de abril,

¹⁸ El octavo integrante de la Comisión fue García Hidalgo.

¹⁹ El Sol, Madrid, 27 de enero de 1932.

propiciando, por el contrario, la recuperación de las derechas y traicionando las esperanzas populares.

Cuanto acabo de señalar está muy bien reflejado en una de las escenas, quizá demasiado simplista, de *¿Dónde está Dios?* de César Falcón: Juan, obrero en paro, se dirige al Ministerio de Trabajo para pedir ayuda a Largo Caballero, antiguo amigo y compañero de su padre. Desconcertado ante unos atildadísimos funcionarios que lucían con ostentación en sus solapas la insignia de la UGT («él —subraya Falcón— conocía a muchos obreros de la UGT. Pero nunca los había visto tan elegantes»), presenta para acreditarse el carnet cenetista. Ya no hizo falta ninguna aclaración:

... El funcionario cogió el carnet, dio unos pasos para ponerse a cubierto y se dirigió enérgicamente a varios porteros y ordenanzas, situados a la expectativa a un lado del pasillo.

— ¡Cogedlo!

Los porteros y ordenanzas se abalanzaron sobre Juan y lo sujetaron por los brazos, las piernas, la cabeza. En todo el pasillo se levantó un vocerío de mercado. Se abrieron muchas puertas. Carreras. Gritos. Juan vociferaba y se debatía como un epiléptico. Las personas del salón se arremolinaron en la puerta. Catorce guardias de asalto y seis parejas de la Guardia Civil subieron rápidamente las escaleras en formación cerrada con las tercerolas apercebidas y blandiendo las pistolas...

Gritos. Casi desmayos. Carreras. Despliegue de fuerza pública. Tercerolas y pistolas apercebidas: imbuído por el fino instinto que da el Poder, el funcionario socialista intuyó al instante que un parado preguntando por el ministro sólo podía ser un sujeto de taimadas intenciones. Y la sospecha se convirtió en certeza cuando vio surgir de sus bolsillos el carnet de la CNT, el sindicato de los tira-bombas y los obreros insumisos.

El desenlace aún sería más elocuente: El Gobierno de la «República de los trabajadores de todas las clases», según rezaba el texto de la nueva Constitución, dispuso el encarcelamiento de Juan, convertido de buenas a primeras —gracias a la mágica capacidad transformadora de las notas de Gobernación— en un peligroso pistolero dispuesto a atentar contra la vida del ministro socialista de Trabajo, mientras las Cortes concedían la desmesurada gratificación de veinticinco mil pesetas al «heroico funcionario» de turno.

El enchufismo de los advenedizos, la traición de los gobernantes, cargas y descargas de la Guardia Civil, la encendida defensa de posturas anticlericales y toda suerte de rebeldías, más continuas incitaciones revolucionarias, constituyen los motivos básicos de *La Novela Proletaria*. Mención aparte merecen las encrespadas acusaciones, las agrias censuras, que desde sus páginas se lanzaron contra el sector de las grandes publicaciones periódicas, a las que reprochaban la bajísima calidad de su contenido —noticias frívolas, tratamiento superficial de los temas enojosos— y lo que ellos, autores y editores de la serie, consideraban incondicional y servil sometimiento a los dictados de unas autoridades que con excesiva frecuencia necesitaban recurrir a las calumnias, mediante comunicados falsos, para desacreditar a sus adversarios. Y es que no en vano muchos de aquellos autores habían padecido en sus propias entrañas el dilema de verse obligados a escoger entre renunciar en la práctica a ejercer profesionalmente como periodistas o incorporarse —continuar en algunas ocasiones— a las plantillas de unas empresas que, a cambio de unos salarios encima poco espléndidos,²⁰ les imponían la defensa de unas ideas que desde luego no coincidían con las suyas. Ramón Magre, en *Un periodista*, planteó sin ambigüedades la situación: Luis Mayral, joven e ilusionado periodista re-

cién incorporado a la redacción de un importante diario, se estrenó en el trabajo con una reseña de *El acorazado Potemkim*, «aquella gran película rusa —recordaba maliciosamente Magre— que los Borbones prohibieron», medida que, en extraña paradoja, acababan de ratificar las correspondientes autoridades de la República. Mayral establecía en su crónica peligrosas concomitancias entre la represión zarista de Odessa y las cargas de la caballería alfonsina, o sea, y según la lógica del acreditado sistema de las alusiones, de las fuerzas de orden público de la República. En el periódico se encendieron de inmediato todas las señales de alarma; el director requirió la presencia del periodista:

¡Eso es intolerable!, le dijo. ¡Eso es revolucionario! Comunismo puro.

Yo creí que un diario republicano... —objetó el periodista.

¿Republicano? —atajó el director—. Ahora todos somos republicanos porque vivimos en República. Pero eso es revolucionario y no puede repetirse en nuestro diario. Cuando se hable de estrenos de películas como ésta, tan abominablemente audaces, el periodista debe circunscribirse a detallar las características del público, a afirmar que el salón estaba lleno, que era una obra vulgar..., pero, no: esto no. Entonces caemos en el riesgo de perder el anuncio, y eso es lo que hay que evitar...

Es preferible que no vuelva a suceder. El ideal de todo periódico templado se reduce a no tocar ningún asunto a fondo; halagar a quien pueda dar anuncio; cantar la vida bella y amable que adormece a las multitudes en sueños de grandeza; respetar los poderes constituídos, combatir todo intento de agresión a estos poderes que son la base de la tranquilidad nacional, del orden, de la paz, y de la civilización. La tónica de nuestro periódico es y ha de ser ésa, señor Mayral. Hoy cuidará, añadió, de hacerme algo nuevo, original, sobre el tema de moda; una entrevistó con una reina de belleza, sus gustos, sus costumbres, los perfumes que usa, etc. Eso es encantador.

Tropiezo a tropiezo, ante la desalentadora perspectiva de la papelera como único destino para sus trabajos, Mayral empezó a hundirse, a sentirse fracasado. «No; el fracasado es el periódico», le aclaró una compañera con la que acabaría fundando, tras abandonar ambos el gran diario «republicano», una revista, modesta pero libre, al servicio de los trabajadores. «El periódico es un muerto que rechaza toda inyección de vida», concluyó.

Antonio Jiménez termina *Infamias* con una amargada denuncia de la prensa. Cierra el relato una cínica nota de la Jefatura de Policía y del Gobierno civil, servilmente reproducida por los periódicos, tergiversando la personalidad de un asesinado y la propia significación del crimen:

²⁰ La Junta general ordinaria de la Agrupación Profesional de Periodistas, reunida el once de diciembre de 1930, aprobó un anteproyecto que fijaba como meta la siguiente escala de sueldos mínimos para la prensa de Madrid: 1.º) Publicaciones con más de quince redactores en plantilla: 400 pesetas mensuales; 2.º) Publicaciones con más de nueve y menos de quince redactores en plantilla: 300 pesetas mensuales; 3.º) Publicaciones con sólo ocho redactores en plantilla: 200 pesetas mensuales; también decidió regular —es decir: no lo estaba—, según las tiradas, los salarios de la profesión en las provincias donde tuviese jurisdicción el Comité Local Paritario de Madrid (El Sol, 12 de diciembre de 1930). Y algunos días antes, al abordar el mismo asunto, la Asamblea de los periodistas del Norte y Noroeste de España, en sesión celebrada en Vitoria, decidió recomendar a las empresas (cláusula 5.ª) «un momento de reflexión acerca de la realidad económica del periodista y de la conveniencia de no hacer a éstos inferiores en categoría a los obreros manuales que militan en las agrupaciones de resistencia» (El Sol, 9 de diciembre de 1930). En septiembre de 1927 el Comité paritario de la prensa catalana había fijado en doscientas pesetas el salario mensual mínimo de los redactores (El Sol, 3 de septiembre de 1927). Es preciso considerar, además, que las empresas solían infringir, o simplemente desconocer, tales disposiciones (véase al respecto Andanzas y recuerdos de España de José Venegas. Montevideo, Feria del Libro, 1943; cap. I, pp. 7-53). Entre tanto, y repárese en lo irritante del contraste, «la Comisión Municipal permanente del Ayuntamiento de Vigo, al aprobar a finales de octubre los presupuestos para 1931, fijó dos cantidades verdaderamente insólitas: seis mil pesetas para el Censor de prensa, y seis mil quinientas para el delegado gubernativo...» (El Sol, 1 de noviembre de 1930).

Así, querido lector, apostilla Jiménez, como ésta son casi todas las noticias que en los diarios lees. Juzga ahora, ¿no es ello infamia?

La Novela Proletaria fue, en resumidas cuentas, el cauce de expresión político-literario de un significativo grupo de escritores y hombres de acción más o menos esporádicamente refugiados en el género de la novela corta, representantes a su vez de muy distintas e incluso teóricamente enfrentadas ideologías, aglutinados por tan agudo sentimiento de desencanto como de encendidas rebeldías frente a la cultura y el orden tradicionales. Más allá de motivos, tonos o anécdotas pasajeras, aún continúan cargadas de sentido muchas, no cabe duda: demasiadas, de sus denuncias. Y es que la solidez de ciertos lastres institucionales ha teñido de desganada pereza el ritmo de avance —pura metáfora— de nuestra historia. Guste o no, en la misma sólo abundan las reformas al estilo de la del «tradicional tricornio charolado» que en su momento pretendieron algunos compañeros de Maura. *La Novela Proletaria*, valga la paradoja, ha sido en este sentido víctima de su propia actualidad. Por eso ha permanecido enterrada durante tantísimos años.

8. Ediciones Libertad se ganó enseguida la enemistad militante de poderosas fuerzas sociales y políticas. Acosada desde todas las perspectivas, es decir, sometidas sus publicaciones a un estricto control gubernativo²¹ y certeramente boicoteada en el crucial aspecto de la distribución,²² sus actividades cesaron, viniéndose la empresa abajo, durante el primer trimestre de 1933. Pese a la similitud de los títulos, la *Biblioteca* de Vivero nada tuvo que ver con la revista *Sin Dios*, efímero e irregular portavoz de una artificiosa e inoperante filial española de una no menos supuesta Internacional de Librepensadores Proletarios Revolucionarios cuyo rastro, a no ser que esté muy equivocado, se reduce a unos cuantos papeles, escritos en distintos idiomas, en su momento desapercibidos y hoy absolutamente olvidados con entera justicia.²³

²¹ En el volumen número 23 de la *Biblioteca* fue precipitadamente anunciada la inminente publicación del primer título de la serie «Hechos e Ideas» (véase la nota 14) para sustituir al número correspondiente de *La Novela Proletaria*, cuya salida habían impedido las consabidas «causas ajenas a nuestra voluntad». Por lo menos fueron denunciados, y recogidos, los volúmenes segundo, tercero y undécimo de la *Biblioteca* y varias novelas (*La Novela Proletaria*, 22, catálogo).

²² Poco antes de desaparecer, la editorial denunció la campaña de una potente distribuidora, «organizada con dinero de los conventos», que amenazaba con retirar sus publicaciones de los puntos de venta que no renunciaban a recibir la *Biblioteca* (*Biblioteca*, número 23, «Aviso a los lectores»). Para hacer frente a tan peligroso boicot, la empresa intentó organizar una red de ventas propia, integrada por corresponsales locales de comprobada solvencia anticlerical. La buena fe del intento debió estrellarse contra las urgencias del tiempo y las desagradables sorpresas de varios corresponsales poco aficionados a liquidar sus cuentas (*Biblioteca*, número 18, «¡Ojo con éstos!», relación de recalcitrantes morosos cerrada con un fatal «Continuará la lista»). A tal conjunción de factores, al cansancio literario de los autores y a las urgencias de sus respectivas militancias, habría que achacar, a mi juicio, su quiebra.

²³ *Sin Dios*, «Órgano mensual de la Atea, filial de la Internacional de Librepensadores proletarios revolucionarios», Madrid, 12 de noviembre de 1932-junio de 1934, pero nada más salieron cinco números (los dos primeros guardaron la anunciada periodicidad mensual, el tercero se retrasó hasta febrero del treinta y cuatro). La revista trataba de introducir en España, importándolo directa y artificialmente desde la URSS, el movimiento «Besboojniki», «Los Sin Dios» o «Los Sin Fe». Con las excepciones de un par de colaboraciones de Ramón Casanella, a la sazón refugiado en la URSS (Casanella, como se recordará, había participado en el atentado que puso fin a la vida de Dato), varios dibujos de Ramón Puyol y un extenso poema de Rafael Alberti, «Sequía», publicado en el último número, salvo estas contadísimas excepciones insisto, el contenido de la revista carece de interés; apenas merece la pena apuntar los nombres de los ilustradores Rafael Ochoa y Aspe y los de los redactores J. Bay y Carlos Castillo y, otra vez, el de Ochoa. Para demostrar la modestia de la revista basta con señalar que los editores consideraron un éxito memorable haber colocado en Madrid mil setecientos ejemplares del número inicial; sus aspiraciones se limitaban a quinientos.

9. Prácticamente al mismo tiempo que desaparecía *La Novela Proletaria* de Ediciones Libertad, Cénit, una de las empresas cruciales de los años treinta,²⁴ probó fortuna con una serie de libritos (10,5 × 15,5 cm., entre ochenta y cien páginas, sesenta céntimos de precio) dedicada a recoger, con sentido «documental» e «informativo», «los hechos más salientes de la lucha de clases en nuestro país y en el resto del mundo».²⁵ «Episodios de la lucha de clase», pues tal era su título, acogería, según el expreso deseo de los editores, «fragmentos de realidad viva desgajados del panorama social de las luchas de todos los días». Su atención preferente, continuaban, sería para «la realidad española», pero sin descuidar por eso las vicisitudes del movimiento internacional, ya que a su juicio la lucha de clases respondía a unas características generales. La colección, claro está, obedecía a un planteamiento «didáctico»:

La experiencia revolucionaria, señalaba Cénit en la nota de presentación de la serie, debidamente recogida y explicada, enseña al proletariado, sobre todo en momentos de agudo dinamismo, mucho más que los libros y las conferencias doctrinales. Y a su vez éstos no pueden tener un sentido más que sacando las conclusiones y desentrañando las enseñanzas que encierra la realidad. Nuestros *Episodios* aspiran a ser eso: lecciones de realidad viva, en que las clases trabajadoras puedan leer sus luchas como en un espejo, y aprender de su propia experiencia, para seguir avanzando.

El para otros espinoso problema de la «tendenciosidad», esto es, la siempre delicada cuestión de las relaciones entre política y literatura, no suponía —al menos en esta serie— mayores dificultades para Cénit. La Editorial se conformó con aclarar que, desde su planteamiento, *tendenciosidad* no equivalía a sectarismo partidista. Sus móviles, enunciados con meridiana claridad, eran la realidad, el documento, la causa del proletariado y la revolución. Ni más ni menos:

¿Y la tendencia?, se preguntaban. Si llamamos *tendencia* a la voluntad inquebrantable de servir a los intereses del proletariado y de las masas trabajadoras de España, y de ayudarlas a encontrar los caminos de su revolución, nuestra labor será, evidentemente, una labor tendenciosa en el más alto grado. Pero no así, aclaraban, si por *tendencia* se entiende el deseo de infiltrar a todo trance en las filas revolucionarias una determinada ideología partidista, como el dogma de una escuela o de una secta. No; nuestros *Episodios* no tendrán más aspiración ni otro cometido que los de responder dignamente a su nombre y ser acreedores a los dictados de *revolucionarios* y *proletarios*. Para esto se apoyarán sobre una base rigurosamente documental, pues nada hay menos *revolucionario* ni menos *proletario* que emborrachar a las masas con cantinelas o presentarles sembrado de rosas un camino erizado de dificultades, de reveses y de peligros...

Proyectada, por tanto, como una serie abiertamente dedicada a la instrumentalización del libro en favor de la «revolución proletaria», *Episodios de la lucha de clases* se inserta en la misma corriente de *La Novela Roja* y *La Novela Proletaria*. Sin embargo, en cuanto a los autores y la temática existe una notable diferencia, pues frente a

²⁴ Ejecutando un proyecto que entre ambos habían concebido en la Cárcel Modelo, hacia finales de 1928 Rafael Giménez Siles y Graco Marsá fundaron Cénit, editorial que prolongaría su actividad, publicando en total bastante más de doscientos volúmenes, hasta el estallido de la guerra. Su impresionante balance de aciertos incluye hitos tan destacados como las rigurosas versiones de varios textos marxistas fundamentales, tarea que corrió a cargo de Wenceslao Roces, la introducción de multitud de autores de primera línea (Herman Hesse y Cholojov, por ejemplo) en el mundo del libro en lengua española, o el «descubrimiento» de Sender y César Vallejo.

²⁵ Casas Viejas, por Ramón J. Sender. Nota editorial de presentación de la serie, pp. 7-8.

la homogeneidad en estas materias de aquellas colecciones y pese a las afirmaciones programáticas de Cénit («hemos de consagrar atención muy preferente a la realidad española», manifestó), sólo uno, el primero, de los cuatro títulos de los *Episodios* es obra de temática y autor español: *Casas Viejas* de Ramón J. Sender, siendo sus compañeros de catálogo A. Rugger, con *El acorazado rojo Zeven Provincien*, Boris Savinkov, con *La ejecución del Gran Duque Sergio*, y Máximo Gorki, que cedió a la colección *El domingo sangriento*, extraordinaria novela corta. A continuación estaban anunciados *El cuartel del Carmen de Zaragoza*, también de Sender, *Semana sangrienta* de J. Maurín y, más inconcretamente, sendas obras sobre los recientes sucesos de Sevilla, Arnedo, Villa de Don Fadrique y Castilblanco, cuatro localidades unidas por el triste factor común de la sangrienta y excesiva violencia que las fuerzas del orden de la República desplegaron para «apaciguar» unas movilizaciones que, de ningún modo, merecían la respuesta de plomo que recibieron; Sevilla, Arnedo, Villa de Don Fadrique y Castilblanco, «nombres que por sí solos son una lección y una enseñanza», apostillaba Cénit. Sender, en *Casas Viejas*, exteriorizaba el mismo espíritu de desencanto que dominaba a los autores de *La Novela Proletaria*:

Menos mal que los socialistas, concluye, siguen diciendo que ésta es una República democrática regida por intelectuales, y que desarrolla una *alta política*. Claro que todo eso es compatible con el contento y la satisfacción con que los terratenientes andaluces monárquicos y feudales se acercan a los partidos republicanos y a los socialistas *dispuestos a colaborar con entusiasmo*. Ante todo, *la Patria*, como decía el jefe de los guardias en la Plaza de Casas Viejas, antes de dar los tres vítores.²⁶

10. Tras el desmoronamiento de Ediciones Libertad y la casi inmediata paralización de los *Episodios* (verano del treinta y tres) siguió un período muy adverso para la prensa izquierdista: el del bienio negro, el de la desrepublicanización de la República, período repleto de renovadas trabas legales de toda índole que desembocó en la fracasada insurrección de octubre del treinta y cuatro y en su penosa estela de víctimas, de cárceles, de procesamientos y exilios. La crispación de la vida política, desgarradoramente escindida entre una revolución que incluso parecía posible y la cruda realidad de una reacción bien aferrada al Poder, impulsó a los escritores revolucionarios, sin duda ya fatigados de tanto predicar la revolución, a afrontar con plenitud, sin ambigüedades, las exigencias de su compromiso en detrimento de sus tareas literarias.

Ahora bien, superados los peores momentos del bienio derechista, hacia sus postrimerías, volvió a ser barajada la idea de lanzar una colección de breves narraciones revolucionarias: «pronto aparecerá», anunciaba a mediados de septiembre de 1935 un importante diario madrileño, «*La Novela Proletaria*. En ella colaborarán», precisaba, los escritores «A. del Amo, Arconada, Bazán, Blanco, Burgos Lecea, Camarero, Castro, Galán, Delgado, Jiménez de Molina, Masferrer, Cantó, Muñiz, Musol, Parajar y Sánchez Guerra», quienes contarían con el concurso de los dibujantes «López, Puyol y Yes».²⁷ La identidad de estos autores revela que se trataba de una iniciativa de inspiración comunista: diez, por lo menos, de los dieciséis supuestos novelistas más dos de los tres

²⁶ *Casas Viejas*, por Ramón J. Sender.

²⁷ Heraldo de Madrid, 19 de septiembre de 1935, sección «Cartelera».

ilustradores comprometidos estaban afiliados al P.C.E., repitiéndose además con insistente frecuencia los nombres de todos ellos en sus publicaciones. El argentino Armando Bazán, que aquel mismo año publicó un duro ensayo contra Unamuno.²⁸ Burgos Lecea, director de *Frente Literario*,²⁹ el novelista social César Muñoz Arconada, antiguo redactor jefe de *La Gaceta Literaria*,³⁰ y el dibujante Ramón Puyol, uno de los mejores y más acreditados portadistas de los años treinta (suyas son la mayor parte de las cubiertas de los libros publicados por las editoriales de «avanzada»: Historia Nueva, Oriente, Cénit, etc.), gozaban de sólida implantación en los ambientes literarios de la época; también eran conocidos, aunque en menor medida, Yes, quien cuajaría plenamente durante la guerra civil,³¹ y los críticos A. del Amo, colaborador de *Nuestro Cinema* de Juan Piqueras, y E. Delgado, habitual en revistas del tipo de *Octubre* de Rafael Alberti y promotor él mismo, con Arconada y Serrano Plaja, de *El Tiempo Presente*;³² el resto de los autores mencionados carecían de proyección fuera de los reducidos círculos de la prensa afín al Partido Comunista. No deja de resultar curioso, curioso y significativo, el cuidadoso olvido que los promotores de esta frustrada *Novela Proletaria* dedicaron a sus predecesores de *Ediciones Libertad*: puestos a prescindir de todos sus colaboradores, incluso prescindieron de César Falcón, cualificado militante a la sazón del PCE, ausencia tal vez debida a su intensa dedicación a la complementaria tarea del teatro proletario; la de Balbontín, su compañero marxista-leninista en aquella colección, respondería, sin embargo, a su ruptura, expulsión incluida,³³ con dicho grupo (Falcón transitaría la misma senda hacia el final de la guerra). En cualquier caso, *La Novela Proletaria* comunista jamás superó la calidad de proyecto. Autorizada la reaparición de *Mundo Obrero*, y transformado además en diario, los escritores proletarios

²⁸ Unamuno y el marxismo. *Estudio previo de Ilya Ehreburg*. Madrid, Izquierda, 1935. Antes había publicado, según mis datos, otros dos libros: *La urbe doliente (Poemas)*, Lima, 1926; y *Urbes del capitalismo*, Madrid, 1931. Tradujo además *La escuela y el niño proletario*, Valencia, 1934.

²⁹ *Frente Literario*, «Periódico quincenal de literatura», Madrid, 1934; parece que sólo salieron tres números. Hasta entonces Burgos Lecea había publicado las siguientes obras: Xaixi, delantero, *Libro de cuentos*, Tomo I de «La ventana de papel», Madrid, Mundo Literario, 1928; *El cuaderno emborronado*, *Libro de aguafuertes*, Madrid, Frente Literario, 1931; y *Los caballitos del diablo*, *Libro de cuentos*, Tomo II de «La ventana de papel», Madrid, Frente Literario, 1933; también escribió una tragedia, *La heroína del amor sublime*, estrenada por el grupo *La Cancela Abierta* el día 1 de mayo de 1930 en el Teatro de la Comedia, y una comedia dramática, *La rosa inmarcitable*, puesta a su vez en escena por *El Mirador* el 21 de junio del mismo año en la Sala Spes (Ft. Los caballitos del diablo).

³⁰ Cf. mis trabajos «César Muñoz Arconada. Bio-bibliografía» en el número 47 de *Publicaciones de la Institución «Tello Téllez de Meneses»* (Palencia, Diputación Provincial, 1982) y *La guerra en Asturias, crónicas y romances de César M. Arconada* (Madrid, Ayuso, 1979. Biblioteca Silenciada, 2. Introducción).

³¹ *Ayuda*, semanario, órgano del Socorro Rojo (Madrid, 8 de febrero de 1936-22 de diciembre de 1938, 113 números) contiene abundantes ilustraciones de Yes, que antes había colaborado, entre otras revistas y diarios, con *Nuestro Cinema*, *El Tiempo Presente*, *Ruta*, *Mundo Obrero*, *La Lucha*, *Euzkadi Roja*, *Frente Unico* y *Pueblo*. Durante la guerra civil diseñó las cubiertas e ilustró diversas obras y folletos del Socorro Rojo. También publicó un libro, *La guerra al desnudo*, 25 grabados de la guerra. Por el dibujante proletario Yes, prólogo de Rafael Alberti («Biografía», nota del editor), Madrid, Editorial Roja, 1936.

³² Madrid, dos números, correspondientes a marzo y abril-mayo de 1935. Colaboraciones de Juan Chabás, García Lorca, Cernuda, Arconada, Leopoldo Panero, Jesús Prados Arrarte y Serrano Plaja en el primero, y de Alberti, Rosario del Olmo (entrevistas a Antonio Machado, L. Araquistáin, y Castrovido), Luis Aragón y Emilio Delgado en el segundo; ilustraciones de Miguel Prieto, Yes y Ramón (?).

³³ Las resoluciones orgánicas sobre su expulsión pueden consultarse en los números 50 y 51 del diario *La Lucha* (marzo de 1934). Cf. también su libro de memorias *La España de mi experiencia (Reminiscencias y esperanzas de un español en el exilio)*, México, 1952.

del PCE, ni tantos ni tan prolíficos, encontrarían en sus páginas ocasión sobrada para satisfacer sus cotidianas tareas de *agi-pro*.

11. Y es que, en definitiva, la novela revolucionaria de quiosco, elemental y primario recurso de propaganda, estaba condenada, por mor de tal planteamiento, a verse abandonada por sus propios impulsores en cuanto la realidad político-social o sus recursos económicos les permitían plantearse empresas de mayor envergadura. A corto plazo resultaban más eficaces y también más completos los periódicos, abiertos por supuesto a toda suerte de *folletones* o relatos, y desde otra perspectiva, la de la calidad literaria, no hace falta insistir en que el género, sometido a las ya señaladas restrictivas exigencias de la eficacia propagandística, disfrutaba (es un decir) de unos límites demasiado angostos. Podían darse, y de hecho se dieron, excepciones, pero sólo eso: excepciones.

A fin de cuentas, su máximo interés radica en que constituyen magníficos exponentes de su época, trasmitiendo un fiel reflejo del generoso proceso de radicalización, repleto de ingenuas idealidades, que durante las décadas de los años veinte y treinta recorrió los ánimos de cualificados representantes de la joven intelectualidad más inquieta; también ofrecen una buena muestra de los esfuerzos realizados desde algunos sectores del republicanismo radical para lograr sintonizar con las nuevas preocupaciones sociales características de aquel período. Las colecciones anarquistas, en especial las inspiradas por la familia Montseny, cumplieron una función diferente, mejor dicho, complementaria y armónica al estar incluidas en un vasto plan de publicaciones.

Gonzalo Santonja